



**JEAN COCTEAU LA AVENTURA
ESPAÑOLA**

Juan Lamillar

Jean Cocteau

Una noche parisina de 1912, mientras paseaban por la plaza de la Concordia, Diaghilev le dijo al joven Jean Cocteau: "¡Asómbrame!". Más que como petición de amigo, Cocteau la debió tomar como orden rigurosa y la cumplió sin cesar hasta su muerte. Asombrar se convirtió en su tarea principal, vital y estética, y no sólo para con el empresario ruso sino, a lo largo de los años, para con mucha gente de mundos diversos: las letras, las artes plásticas, el cine, las costumbres...

Cocteau coleccionó casi obsesivamente fotos de su persona y frases ingeniosas, también de propia cosecha, y tan citadas luego. Pero también se puede hacer una bonita colección de frases ajenas que intentan retratarlo, en la luz o en la sombra. Oliverio Gironde lo vio como "un ruiseñor mecánico al que ha dado cuerda Ronsard" y Ernst Jünger, en el primer volumen de sus *Radiaciones*, lo describe "simpático y al mismo tiempo sufriente, como el habitante de un infierno especial, pero confortable."

Y en ese confort nunca faltaron los viajes. Incluso, émulo casi del mayor viajero, actualizó en 1936, para un reportaje periodístico que luego fue libro, la hazaña de Philéas Fogg: dar la vuelta al mundo en ochenta días.

Continuador de una antigua y prestigiosa tradición de su país, Cocteau se interesa tempranamente por la cultura española. En sus años de formación, la música francesa dibuja voces y ecos hispanos: las voces rotundas de Lalo o Chabrier, los ecos estilizados de Ravel y Debussy. La pintura se la lleva a domicilio la mejor embajada de artistas españoles, siendo Picasso, a quien conoce en 1915, el símbolo de todas esas presencias y un referente fundamental en la vida de Cocteau. Fascinado por la personalidad picassiana, Cocteau le acompañó durante casi cincuenta años y hay hermosos álbumes –dibujos, fotografías, textos recogidos en *Picasso 1916 / 1961*- de esa larga amistad. Otra fascinación paralela, que también desembocó en amistad y colaboración, fue la que sintió hacia Igor Stravinsky. No se puede negar que el hombre de letras supo elegir muy bien a sus referentes pictórico y musical.

El mismo Cocteau fue una presencia continua y estimulante en el panorama literario español de los años veinte. Su firma aparece en revistas de vanguardia como *Grecia o Ultra*, y en la posterior y decisiva *Revista de Occidente*, y de él se ocuparon sagazmente Bergamín, Guillermo de Torre y Ramón Gómez de la Serna, que le adjudica todo un *ismo*, el "serafismo", ya que Cocteau "ha dejado lleno los espacios de ángeles nuevos, cándidos y

mecánicos". Y con los marineros, otro hallazgo, los ángeles pueblan la poesía (y los dibujos de los poetas) española de la época.

Pero sólo en los últimos años de su vida convirtió Cocteau en real ese continuo viaje intelectual hacia España. Era ya un personaje cuya fama traspasaba la frontera de la literatura y por ello se conservan abundantes testimonios de sus estancias españolas, en las que supo equilibrar lo social y lo artístico. Ese equilibrio queda muy bien reflejado en la interesante y escueta exposición que el Centro de Arte Reina Sofía le dedicó hace unos meses. En dos salas se agrupaban las huellas de su peregrinar: Barcelona, Madrid, Sevilla, Cádiz, Marbella.... En la primera, fotografías escogidas. En la segunda, además de quince cerámicas, ochenta dibujos españoles, algunas ediciones y cartas y el cuaderno *La aventura española*, apuntes surgidos cuando en julio de 1961 se le niega la entrada al país. Todo ello alrededor de los famosos paneles que pintó para la tienda marbellí de su amiga Ana de Pombo.

Es muy fácil reconstruir la cronología de sus días españoles: la parte externa de fechas y actos hay que buscarla en los periódicos; la interna de visiones y comentarios se halla en las cartas que el poeta escribía a sus amigos.

El primer día de julio de 1953 llega Cocteau a España, a Barcelona, y en el mes justo que dura esta primera visita recorre geografías diversas, buscando el Sur para comprobar, quizá, lo que había dicho su compatriota Théophile Gautier, que no se puede ser desgraciado debajo de las palmeras. En noviembre del mismo año pasa catorce días en Madrid.

Aunque sólo está nueve días, 1954 es el año de Sevilla: fascinado por la Feria de abril, asiste a dos corridas de toros: una, "mala"; otra, "bellísima", le inspira su libro *La corrida del primero de mayo*, que publica en 1957.

Hasta 1960 no vuelve Jean Cocteau: otra vez en los meses solares (finales de julio, principios de agosto) y esta vez a Cádiz, invitado por José María Pemán a la universidad de verano. Luego, Córdoba, Granada, Málaga.

En 1961, casi como una (in)sospechada despedida, Cocteau vive cuatro meses en España: temporada de primavera (marzo a mayo), temporada de verano (julio a septiembre). En las dos visitas, pasa la mayor parte del tiempo en Marbella, "una especie de paraíso terrenal rodeado de olivos, higueras y flores, entre la montaña y el mar en el que me baño", como le escribe, con el entusiasmo de un descubridor, a Jean Marais.

La detallada cronología de sus visitas abunda en corridas de toros y, mucho más, en veladas y fiestas flamencas, con frecuencia organizadas en su honor. No es raro, pues, que los dibujos de esos días quieran subrayar esas máscaras de lo español: los toros y el flamenco.

En su diario, *El pasado definido*, identifica a los protagonistas de las dos fiestas: "el bailar de flamenco y el lidiador de toros son una sola y misma persona. Mi gran descubrimiento en España es que el flamenco no es un ritmo, sino una sintaxis." Y resuelve esa síntesis en unos dibujos, a veces muy esquemáticos, a veces más elaborados, pero siempre sostenidos por su carácter poético. Sabida es la importancia que Cocteau daba a esta actividad suya, la *poesía gráfica*, como la denominaba en su sistema estético, desde la temprana publicación de sus *Dibujos*, en 1926.

Esos mundos, el del flamenco y el de la tauromaquia (y no debe olvidarse que dentro de éste también estiliza a veces el significado de la fiesta con la creación de sus hombres-toro), se funden en los paneles que realizó para la boutique de Ana de Pombo. Carole Weisweiller recordaba en 1996: "Incluso en Marbella, Jean Cocteau no podía permanecer inactivo mucho tiempo. Su amiga Ana de Pombo le propuso dibujar lo que quisiera en las paredes de su boutique; encantado, el poeta imaginó a manera de frescos unos paneles-collages utilizando y mezclando pasteles, carboncillos, arena y trozos de carteles de toros. Esos frescos llegaron a ser el punto de mira de toda Marbella. Nunca Ana vendió tantos vestidos y baratijas como en ese verano. Por supuesto, Cocteau le regaló su obra. Desgraciadamente, después de la muerte de Ana de Pombo la boutique se vendió y los paneles despegados de la pared adornan hoy una casa particular."

En sus tres últimos viajes, Jean Cocteau estuvo acompañado por Francine Weisweiller, estilizada y elegantísima, a quien la prensa se refería como "su más íntima amiga, su confidente y su secretaria ideal". En realidad, aunque fuera amiga y confidente, más que labores de secretariado (demasiado dinero y demasiada distinción para un puesto subalterno), Francine ejercía de mecenas. Fue una larga e intensa amistad durante los años cincuenta, hasta que se distanciaron poco tiempo antes de la muerte del poeta. Siempre, en los toros, en las fiestas, en las cenas, ella aparece al lado de Cocteau. La vemos en *El testamento de Orfeo*, la película que Cocteau rodó en 1959: es la dama que, con vestido de Balenciaga y con sombrilla, se equivoca de época. Su hija Carole, presente en acontecimien-

tos, viajes y rodajes, evocó ese tiempo y esa amistad en un libro grato: *Je l'appelais Monsieur Cocteau*.

La aventura española fue también una aventura interior, una reflexión poética muy perceptible en sus libros de esos años. Escribe aquí obras como *Ceremonial español del Fénix*, pero sobre todo realiza un continuo homenaje a figuras españolas: escritos a veces en los aviones, nacen poemas dedicados a El Greco, a Góngora, a Velázquez, a Goya, a Manolete...

Precisamente la despedida de España tiene lugar frente a Goya. El 28 de septiembre de 1961, Cocteau y sus amigos aterrizan en Madrid procedentes de Málaga. Antes de salir para Francia, quieren visitar la exposición de Goya que conmemoraba el IV centenario de la capitalidad madrileña.

En la revista *Blanco y Negro* del 7 de octubre, que se abre con Franco en una conmemoración burgalesa de los años de paz, se le dedican a Goya (que grabó *Los desastres de la guerra*) 44 páginas en color y negro. En ellas hay lugar para un reportaje de Miguel Utrillo, con amplio despliegue de texto y fotos, sobre la visita de tres escritores al Casón del Buen Retiro. Acompañaban a Cocteau (que aparece en el hotel "con un sombrero de paja de rico estanciero andaluz y una bufanda de lana blanca") dos de sus más esforzados valedores hispanos: José María Pemán y Luis Escobar.

Recoge el periodista las inevitables frases: "Goya se fue a Francia y se llamó Manet", subraya el entusiasmo de Cocteau por "el pintor más completo que existe" y el generoso recuerdo al amigo Ramón Gómez de la Serna como el mejor biógrafo del pintor.

En la exposición figuraban algunos de los retratos que Goya pintó de sus amigos afrancesados: quizá Cocteau, fascinado siempre por los espejos, se vería reflejado en esos cuadros como en espejos inversos, su amor a España devuelto desde un tiempo antiguo como el amor a Francia que profesaron aquellos ilustrados. Pagada en el último momento esa deuda leve y profunda, el poeta, después de almorzar en casa de Luis Escobar, cogió el avión, *fuese, y no hubo nada*.